

**TEMA 3 PUNTO DE PARTIDA:
ACTITUDES Y VIVENCIAS
“VERDADERAS” DE IGLESIA
(pp. 475-494)**

[353] 1ª regla. La primera: depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y prompto para obedecer en todo a la vera sposa de Christo nuestro Señor, que es la nuestra sancta madre Iglesia hierárchica.

I. La primera es creer, aún si fuera necesario superando algunas apariencias en contrario, en la comunidad cristiana tal como es, en la que Jesús vive presente y activo en la historia.

Primera parte: actitudes fundamentales.

1.- Tenemos que hacer juicios.

a. depuesto todo juicio:

En la vida vamos haciendo juicios de todo: cuando ocurre algo, todos damos nuestro parecer. El problema está en que no siempre estos juicios son de fiar. En la Introducción citábamos a S. Ignacio recordándonos que, a veces, los hombres no son buenos jueces en sus cosas "por la pasión". Todos hemos comentado alguna vez de alguien al que la pasión lo cegó, por ejemplo el odio, el enamoramiento, el miedo, etc.

Pero el dar nuestro parecer (hacer juicios) debe ser después de ver las cosas, de enterarnos de lo que ha ocurrido. Ahora bien, como siempre vamos dando nuestro parecer de todo, y tenemos que hacerlo, pero podemos quedarnos con los juicios que en un momento determinado hicimos y damos por supuesto que siempre son verdad. Esto es lo que llamamos prejuicio (juicio previo). Estos prejuicios siempre son negativos, pero los juicios que nos hacemos de las cosas pueden ser positivos; si no estamos dispuestos a dejarlos a un lado (deponerlos), también son juicios previos (pre-juicios) y pueden, lo mismo que los negativos, impedir que lleguemos a la realidad.

En efecto, tenemos que ir por la vida dando nuestro parecer, sólo así tendremos nuestro propio querer y libertad. Pero hay que vigilar que los juicios y pareceres que vamos haciendo sean verdaderos. Eso nos lo jugamos en la disposición que tengamos antes de dar nuestro parecer:

- Al comienzo de la Introducción a estas Reglas recordábamos que todos los EE iban a prepararnos y disponernos para poder acertar en la vida.
- En el Presupuesto EE 22 S. Ignacio nos decía que la postura que todo buen cristiano ha de tener ante el otro para poder escuchar con respeto debía ser positiva.

2) Que el juicio (pre-juicio) no impida la escucha.

Aquí, al decir S. Ignacio depuesto todo juicio, no es de cara a que podamos juzgar correctamente, sino para poder escuchar.

En efecto, cuando hacemos un juicio tomamos postura ante las cosas, nos definimos, pero sólo lo hacemos cuando estamos seguros. De esto a no dar nuestro brazo a torcer, sólo hay un paso.

Tenemos que tomar decisiones, para eso nos apoyamos en nuestras razones. El problema está en que una vez hecho este juicio difícilmente podemos aceptar el de otro; más aún, a veces ni siquiera nos enteramos de lo que la otra persona quiere decirnos.

Lo que pretende S. Ignacio, por tanto, al decir depuesto todo juicio es esto: dejar de lado toda toma de postura (todo 'juicio', sea o no "prejuicio") para hacer posible la escucha. Sólo sabiendo escuchar podré hacerme cargo de la realidad y dar la respuesta acertada.

2.1. La crítica.

Esta precaución está más que justificada, porque todos pretendemos sentirnos seguros de lo que hacemos y pensamos, y desde esa seguridad criticamos, nos justificamos, agredimos dando siempre "razones" (juicios). Pero detrás de estas razones hay algo más que juicios. Creo que merece la pena hacer un recorrido por todos estos mecanismos que usamos, y empezamos por la crítica.

En efecto, todos criticamos o nos sentimos criticados. Lo primero lo hacemos con toda naturalidad; lo segundo nos sienta bastante mal. ¿En qué consiste la crítica y por qué nos molesta tanto cuando la sufrimos?

Ante todo hay que decir que la crítica, en cuanto parecer y juicio sobre algo es necesaria, y una persona que no es capaz de hacer un juicio sobre lo que tiene delante (ver si es justo o injusto, si es verdad o mentira, si merece la pena o no) no ha dejado de ser un niño. No podemos vivir en las nubes: tenemos que tener capacidad de estar en la realidad para hacer cargo de ella con responsabilidad. Sólo de esta forma podremos ayudar a que lo que esté mal cambie.

Por eso se habla de una crítica constructiva (buena, que hace caer en la cuenta del fallo para que pueda corregirse) y otra destructiva (mala, que no ayuda a la recuperación y al cambio).

Pero la trampa está en que la palabra crítica parece que siempre la usamos cuando sentimos agresividad hacia aquello que criticamos (sea persona o cosa). Por ejemplo, si un amigo mío escribe un libro y afirma algo con lo que no estoy de acuerdo, diré que tengo que hacerle una "observación"; pero si siento agresividad hacia el autor del libro utilizaré la palabra "crítica".

2.2. Las "justificaciones".

Para entender mejor este problema vamos a recoger algunas observaciones que un alemán llamado Freud hizo sobre la crítica.

Él se dio cuenta de que dentro de la persona humana hay cosas que tienen mucha fuerza y pueden impedir que lleguemos a la realidad, a la verdad sobre nosotros mismos y lo que nos rodea.

Y es que la realidad y la verdad no siempre nos gusta y entonces tenemos capacidad de engañarnos a nosotros mismos creyendo que estamos en la verdad y no tenemos que cambiar.

Nos cuesta muchísimo reconocer nuestros fallos porque si no estamos dispuestos a cambiar nos volveríamos locos.

Para evitar esto nos buscamos **justificaciones** (razones a nuestro favor) que no pretenden tanto la verdad cuanto que yo "tenga razón" Cuando vemos a alguien con el que tenemos confianza, que se está engañando de esta forma, le decimos con toda sinceridad: "tú lo que te estás es justificando" ¿Qué queremos decir con esto? Que la verdad es ella misma y no necesita "justificaciones".

Por eso Freud dice que la persona que quiere llegar a conocer de verdad su realidad debe contar, sin más, lo que se le va ocurriendo (lo que va saliendo, las ideas que le vienen a la mente, etc.) sin hacer la menor crítica a dichas ocurrencias, porque en estas críticas manipulamos la verdad.

Esto mismo era lo que S. Ignacio nos avisaba en la regla 13 de Discernimiento de la 1ª Semana. Si uno quita importancia a lo que le pasa o hace, y se dice: "esto no se lo voy a decir a nadie porque es una tontería", este juicio que hace quiere ocultar una verdad que no le resulta agradable, porque si lo que le está pasando fuera de verdad una tontería no se haría esa consideración.

En todas las razones que buscamos para "justificarnos" intentamos manipular la realidad, la verdad. Una cosa es caer en la cuenta de algo (dentro o fuera de mí) y otra reflexionar sobre ello. En esa "reflexión" puedo cambiar la realidad a mi gusto.

Freud observa que esto se nota hasta en los gestos de la cara: no pone la misma cara la persona que está contando algo que la que reflexiona e intenta convencerse con sus reflexiones. En el primer caso estamos "tocando" la realidad; en el segundo estamos "trabajando" sobre ella y la cambiaremos de alguna manera.

En efecto, con todas estas razones que nos hemos buscado queremos justificarnos y quedar bien, no que la verdad salga adelante. S. Pablo ya hacía caer en la cuenta de esto cuando escribía a los de Corinto lo siguiente: "Pedimos a Dios que vosotros no hagáis nada malo, no para que nosotros quedemos bien, sino para que vosotros lo hagáis bien, aunque nosotros tengamos que quedar mal. Pues no tenemos una autoridad contra la verdad, sino a favor de la verdad; y por eso nos alegramos cuando nosotros perdemos y vosotros ganáis. Lo que pedimos es esto, vuestra recuperación" (11 Cor 13, 7-9)

2.3. La manipulación de la realidad.

Es decir, si dejo que la realidad se me haga presente sin defenderme ni rechazar nada podré llegar a ella e ir descubriendo la verdad.

Este es el mismo problema que planteábamos en el primer modo de orar.

Decíamos allí:

«Nos acercamos a la realidad (personas, cosas) con una manera de ver y estar (prejuicios), de ser (carácter), acordándonos solo de lo que nos conviene (memoria), razonando desde "mis" razones y por último, viendo y oyendo lo que va a mi favor. Todo esto que llamamos prejuicios, cabezonadas, hace que no descubramos la realidad. Tenemos que recuperar unos ojos que vean y unos oídos que oigan la realidad y superar los prejuicios y críticas de nuestro corazón "embotado" (Mt 13, 14- 17).

Y es que nuestros prejuicios nacen de los "enganches" de nuestro corazón (nuestros deseos y nuestros miedos). Por eso S. Ignacio nos decía en el P.F que teníamos que "hacernos indiferentes", y no sólo para poder ser libres, sino antes para poder llegar a la verdad y no engañarnos. (Y es que la verdad, a veces, no nos gusta, le tenemos miedo).

¿De qué nos sirve la libertad si nos estamos engañando? Por eso Jesús nos dijo que "la verdad os hará libres". Él nos abre los ojos para la "vida verdadera" (no de prejuicios) y nos libera de todo enganche para poder ir acertando en la vida sin hacer daño a los demás ni a nosotros mismos (Jn 8, 31-36).

2.4. La agresividad: distinguir entre juzgar y corregir.

Pero volviendo a la crítica, en el sentido en que nos habla Freud, ella, en realidad, es un prejuicio que nace de nuestra agresividad.

La agresividad la sentimos pero vemos que no debemos dejar llevamos de ella. Sin embargo, sí lo hacemos cuando podemos "justificarla", y entonces nos quedamos tan tranquilos. Por ejemplo, si yo tengo antipatía hacia una persona, pero ésta no da motivos para hablar mal de ella, no lo haré. Sin embargo, si comete una falta, la pondré verde y llegaré a condenarla y a hacer un juicio sobre ella.

Aquí conviene distinguir entre juzgar y corregir un fallo. Jesús en el Evangelio nos dice que nunca debemos juzgar (Mt 7, 1-5), pero nos pide que nos corriamos (Mt 18, 15-17).

Juzgar a una persona es condenarla; corregirla es abrirle los ojos sobre sus fallos para que caiga en la cuenta y se recupere. Cuando juzgamos a una persona nos atrevemos a decir lo que es, sus intenciones: "tú has tenido mala idea"; cuando avisamos al otro para que se corrija le decimos "has hecho tal cosa", pero puede haberlo hecho sin darse cuenta, pues sólo Dios juzga (I Cor 4, 3-5). En la corrección no hay agresividad sino ganas de que cambie; en el juicio sí hay agresividad.

La crítica en el sentido en el que estamos tratando de ella, nace más de la agresividad que de la razón. Pero eso nunca lo reconoceremos. S. Ignacio, además, nos ha avisado en varias ocasiones que podemos dar y tener "falsas razones". En la Regla 2ª de Discernimiento de la 1ª Semana nos dice que el "mal espíritu" puede "inquietarnos con falsas razones". Habría que decir que cuando las "razones que se nos ocurren nos inquietan, señal de que no son verdaderas". (Si vemos a una persona muy acalorada y agresiva, nos fiamos menos de lo que dice, a no ser que nosotros estemos tan agresivos como ella).

Más aún, estas razones pueden ser "aparentes" debajo de especie de bien (EE 10), como dice en la Regla 1ª de Discernimiento de 2ª Semana. Como allí comentábamos, «hay que hacer más caso a lo que nos llena el corazón de "verdadera alegría y gozo espiritual" que de todas las comeduras de coco("razones aparentes ") o excusas (justificaciones) que nos buscamos tontamente para dejar lo que más nos merece la pena».

Otra cosa que Freud descubre detrás de la crítica es el desprecio y la burla. A la persona que estimamos y queremos nunca la criticaremos, sino la "aconsejaremos", la "avisaremos", le haremos observaciones, etc.

El problema está en no engañarnos y llegar a la verdad: no escapar de la realidad refugiándonos en nuestras razones y justificaciones que nos encierran en nosotros mismos y hace imposible que nos relacionemos con los demás y podamos formar comunidad.

3) Tres formas de engaño.

Resumiendo, podemos decir que hay tres formas de caer en esta trampa:

1. Una manera de no reconocer la verdad es defenderme con justificaciones.
2. Otra, siendo agresivo con la persona, juzgándola (condenándola)
3. Pero hay una tercera forma de no llegar a la realidad (la verdad) y que Freud llama represión, y que se manifiesta en el negativismo. Esto es propiamente una enfermedad que hace que todo lo vea negativo. En el fondo porque "sólo yo merezco la pena"; todos lo hacen mal y se equivocan, y yo soy la víctima. No puedo distinguir lo verdadero de lo falso (hacer un juicio, tener un parecer propio) porque todo de antemano es negativo, nada merece la pena.

Todo lo dicho nos hace caer en la cuenta hasta qué punto es necesario "deponer" (dejar a un lado) "todo juicio" (todos nuestros prejuicios y críticas) para poder abrirnos a la escucha desde el respeto. Sin respeto no hay escucha.

4) Dispuestos para la escucha.

Debemos tener ánimo aparejado v dispuesto para obedecer en todo: para entender esta frase y su relación con la anterior podemos citar lo que S. Ignacio escribe a S. Francisco de Borja que estaba preocupado con dos jesuitas que decían tener hasta visiones de Dios y estaban totalmente seguros de lo que pensaban. Refiriéndose a uno de ellos S. Ignacio comenta: (lo **subrayado** es de S. Ignacio y entre paréntesis la aclaración que nosotros hacemos). "**Para que se haya engañado es argumento** (está claro que se engaña) **que es hombre que se satisface harto de su juicio** (que es una persona que está muy satisfecha de lo que piensa) **y está fijo demasadamente en él** (no es capaz de cambiar porque está totalmente seguro de tener la verdad), **y habranle ayudado para esta estabilidad o dureza de su sentir propio las continuadas oraciones sin orden.** San Ignacio tenía muy claro que podemos engañarnos con "pensamientos buenos y santos" y por el mucho "hervor" (entusiasmo) que podemos sentir en la oración, en nuestra relación con Dios, sin preguntarnos en qué terminan esos "pensamientos" ni teniendo en cuenta la propia condición y sujeto – las fuerzas

reales que tenemos -, prometer cosas que no son para nosotros) **y ejercicios mentales** (comeduras de coco sin contar con la realidad) **con mortificaciones del cuerpo. Que naturalmente. cuanto más se aparta la criatura racional de las cosas materiales** (que es natural que si el ser humano no tiene contacto con la realidad que siempre está cambiando) **su entendimiento se hace más estable** (sus ideas son más fijas) **en lo que aprende verdadero o falso** (en sus juicios de lo que es verdad o mentira) **y a tales personas interviene** (ocurre) **muchas veces en especial si humo de alguna pasión les ciega** (si están apasionadas hasta cegarse, si tienen un enganche muy fuerte a algo) ... **tomar cosas dúbias** (dudosas) **y aún falsas por verísimas** (por verdaderísimas).

Si nos fijamos es lo mismo que nos decía Jesús en Mt 13, 13-17 que citamos en el Primer modo de orar: un corazón embotado (cerrado) hace que tengamos ojos y no veamos, tengamos oídos y no oigamos. ¿Por qué le preocupa tanto esta dureza de juicio y seguridad? Porque hace imposible el respeto y la obediencia (escucha) y uno se encierra en la soberbia.

Tener, por tanto, ánimo aparejado (preparado) y pronto (dispuesto) para en todo obedecer (escuchar), sería lo mismo que la humildad.

5) La obediencia en San Ignacio.

Pero ¿qué entiende S. Ignacio por obediencia?

Por lo pronto, la palabra obediencia viene del latín *ob-audire*: oír atentamente, escuchar. Por eso hemos insistido que el dejar a un lado nuestros prejuicios era para poder escuchar.

Por otro lado, lo que todo el mundo entiende por obediencia es sencillamente hacer lo que mande el que tiene la autoridad, el responsable.

Pero veamos cuándo y por qué empezó a tener importancia la obediencia en S. Ignacio. Cuando empezó el primer grupo de compañeros en torno a él no se comprometieron a obedecer a ninguno: nadie tenía la responsabilidad del grupo aunque, como es natural, todos respetaban de una manera especial a S. Ignacio.

La obediencia empieza a plantearse en el grupo cuando después de fracasar lo que tenían planeado (ir a Jerusalén donde murió Jesús), porque al estar en guerra aquella tierra no fue ningún barco, se ponen a disposición del papa para que los mande donde hubiese más necesidad.

Como el papa empieza a enviar a cada uno a un sitio, se preguntan qué va a ser del grupo, y a lo largo de unos 40 días van deliberando si deben seguir unidos en un grupo y de qué forma pueden sentirse del grupo estando cada uno por un sitio. La forma mejor para mantener esta unión deciden que será obedecer a uno que tendrá autoridad sobre el grupo.

La obediencia, por tanto, empieza a tenerla en cuenta de cara a la unión. Más aún,

S. Ignacio cuando escribe las Constituciones de la Compañía de Jesús, al hablar de la unión que deben tener entre sí los jesuitas dice que "esta unión se hace en gran parte con el vínculo (lazo) de la obediencia" [659] y más adelante "porque más dependiendo los inferiores de los superiores, se conservará mejor el amor y obediencia y unión entre ellos" [666].

Esto es muy importante para poder entender bien qué es lo que S. Ignacio pretendía con la obediencia.

En efecto, pronto se ve que lo que él buscaba con su insistencia en la obediencia, no era que se hiciese todo lo mandado por la autoridad- como en un cuartel-, sino algo más profundo que apuntaba a esa unión de la que antes hemos hablado, sintiéndose cada uno miembro del cuerpo de la Compañía.

5.1. Tres clases de obediencia.

Para que de la obediencia surja unión no puede quedarse en el cumplir simplemente lo ordenado. Por eso S. Ignacio hablaba de tres niveles de obediencia: de ejecución (hacer lo que está mandado), de voluntad (no sólo hacerlo sino querer hacerlo) y de juicio ("sentir con lo que el superior-responsable- siente"). En una carta suya sobre la obediencia dice que la mera "ejecución de (hacer) lo que es mandado... no merece el nombre (de obediencia) por no llegar al valor de esta virtud" (no se consigue lo más importante de la obediencia). Por eso hay que pasar a los otros dos grados de obediencia.

Él sabía que cumplir algo por pura obligación, de mala gana y sin ver qué sentido puede tener aquello, termina por amargar a cualquiera, y desde luego no crea unión. Pero el estar de acuerdo con lo que hay que hacer e ir todos a una, sí lleva a sentirse un cuerpo con los demás. Más aún, como el mismo S. Ignacio dice en la carta antes mencionada sobre la obediencia, "quien va contra lo que siente, no puede durante tal repugnancia obedecer amorosa y alegremente" Una vez más nos insiste en que todo nos lo jugamos en la sensibilidad. Por eso dice que "todo obediente verdadero debe inclinarse a sentir lo que su superior siente" en las "cosas en que no le fuerza la evidencia de la verdad conocida".

Pero el buscar este "sentir lo mismo" no es fácil, y a veces no basta el "deponer el propio juicio".

5.2. La representación.

Y aquí nos encontramos con una **Instrucción** (unos avisos) que el propio S. Ignacio escribió para todos los jesuitas un año antes de morir, por tanto, después de llevar casi 15 años de responsable de toda la Compañía, **Sobre el modo de tratar o negociar con cualquier superior.**

Según esto, al responsable no sólo hay que obedecerlo sino que antes, al parecer, hay que "tratar" y "negociar" con él.

Merece la pena resumir los 7 puntos de esta **Instrucción** pues pueden aclararnos muchas cosas que podemos interpretar mal en esta 1ª Regla que estamos explicando. En

efecto, hay que caer en la cuenta que lo que S. Ignacio quiere conseguir en esta primera Regla es la actitud previa (la disposición) para en todo obedecer, no cómo obedecer en cada caso concreto, que puede tener sus dificultades y necesitará de un "trato" y una "negociación" (un diálogo diríamos hoy) para llegar al ideal de un mismo sentir con el responsable. Por eso, antes de escuchar lo que el responsable ordena tenemos que dejar de lado nuestros prejuicios y supuestos. De lo contrario, a veces ni entenderemos lo que se nos quiere decir. Sólo estando más dispuestos a "salvar la proposición del prójimo que a condenarla" (EE 22) lo respetaremos y comprenderemos.

Pero esta disposición de respeto y escucha no asegura que podamos llegar a sentir lo mismo. Y en ese caso S. Ignacio habla siempre de "representar": decir al responsable las dificultades y problemas que hay para hacer lo que ha ordenado y presentarle otras soluciones. Y esto, no para que se haga lo que uno propone, sino para que el responsable pueda tener más datos y acierte con lo mejor.

Pero resumamos los 7 puntos que S. Ignacio propone para hacer bien esta representación: presentar al responsable los inconvenientes que hay en lo que ha mandado y posibles soluciones. [El documento se entregó cuando vimos el **Resumen**]

- 1º Los inconvenientes y soluciones que uno va a proponer debe haberlas pensado bien y despacio (no lo primero que se le ocurre). Más aún, si es algo complicado debe tratarlo con otros que le ayuden.
- 2º. Proponer lo que uno ha visto sin imponerlo, ni como la única solución, sino como una posibilidad.
- 3º. El responsable podrá, o decidir, o esperar para poder pensar los nuevos datos que le dan, o encargar al que le propone una nueva solución que siga pensando sobre el asunto, o buscar otras personas entendidas que puedan dar su opinión o incluso decidir, porque la cosa sea complicada y la conocen mejor que el propio responsable. (El que uno sea responsable no quiere decir que tenga que decidir él solo, puede hacer suya la decisión de otro que conozca más el problema).
- 4º. Si al decidir el responsable, el que "representa" ve algo distinto que podría ayudarle, dígaselo. Pero si determina lo contrario no replique más por el momento.
- 5º. Si después de tomada la decisión por el responsable sigue uno viendo los inconvenientes que tiene, "después de tres o cuatro horas, o al otro día, puede representar al superior si sería bien esto o aquello ", pero sin imponer nada, y haciéndolo de forma que no surja discusión ni enfrentamiento, callándose ante la decisión que tome si es contraria a lo que uno proponía.
6. "De ahí a un mes o tiempo más largo, puede representar lo que siente o le ocurriere ", pero, una vez más sin imponerlo.

Y en este punto da la razón de por qué hay obligación de "representar" aquello en lo que no está de acuerdo con la decisión del responsable: "porque la experiencia con el tiempo descubre muchas cosas; y también hay variedad en ellas con el mismo". Es decir, la realidad (las "cosas") no las comprendemos a la primera y debe pasar mucho tiempo teniendo distintas experiencias para ir llegando a la verdad. Pero además, es que la misma realidad cambia con el paso del tiempo. Por eso hay que

seguir representando con insistencia.

5.3. Buscar y hallar la voluntad de Dios.

Dios quiere que acertemos en la vida, no que hagamos tonterías, y "hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" decía S. Pedro y los apóstoles al sumo sacerdote que les había prohibido anunciar el Evangelio (Hch 4,19).

S. Ignacio decía que el superior estaba en lugar de Dios y por eso había que obedecerle. Y en efecto, el reto del superior es buscar y hallar la voluntad de Dios y no darla por supuesto. Por eso S. Ignacio terminaba sus cartas pidiendo a Dios que le diese a sentir su voluntad y la gracia de cumplirla. Pues bien, en esta búsqueda quiere S. Ignacio que los que obedecen ayuden al responsable.

Más aún, el propio S. Ignacio siempre "representó" entre otros al mismo papa, y supo hacerlo de tal forma que decía uno de los primeros jesuitas (**Nadal**) que consiguió de todos los papas con los que trató todo lo que les propuso.

7º. Por último, avisa que se acomode al carácter, hablándole claro y buscando los momentos más oportunos.

Si nos fijamos en estos 7 puntos deja claro que hay que ayudar al responsable a acertar en su decisión, pero siempre advierte que no se imponga nada y que nunca termine en discusión o rompiendo. Por sacar adelante algo que es mejor, no se puede romper la unión. La obediencia apunta a la unión, pero eso no nos hace irresponsables, y tenemos que seguir "representando" con insistencia, aunque sin enfrentamientos ni rupturas.

Otra cosa es que lo que mande el responsables sea pecado. Entonces no se puede obedecer, como recuerda S. Ignacio siempre que habla de obediencia.

Pero todo lo dicho no basta para llegar a la obediencia ideal: llegar a sentir lo mismo que el responsable. Para hacerlo posible, el responsable también debe poner de su parte y ser capaz de escuchar (obedecer). S. Ignacio decía que no se debía nombrar a nadie responsable que no fuese capaz de obedecer. Y es que la obediencia es anterior a la autoridad: si uno no es capaz de escuchar no puede responsabilizarse de nada.

5.4. Cómo ejerció San Ignacio la autoridad.

Y aquí es interesante referir cómo S. Ignacio mandaba. Nos cuenta Ribadeneyra, uno de los primeros jesuitas que escribió su vida, que procuraba enterarse de las inclinaciones (gustos, cualidades) de cada uno preguntándole a sus amigos, para encargarles cosas que fuesen de su agrado. Pero si el asunto era más serio (por ejemplo enviar a uno a otro país) le pedía que "después de hacer oración delante de Dios le pusiere por escrito tres cosas: 1ª si está dispuesto a hacer tal cosa ordenándosela la obediencia; 2ª si tiene inclinación a ella; y 3ª si se le dejase en su mano hacerla o no hacerla, ¿qué haría?"

Esta manera de vivir la responsabilidad (autoridad) desde la escucha (obediencia), coincide con lo que Jesús nos dijo: que "no había venido a ser servido, sino a servir y dar su vida por muchos" (Mt 20,28) Y esta es la autoridad que quiso para su Iglesia. Sólo así podemos vivir en comunión, fiándonos y sirviéndonos unos a otros.

Segunda parte: vivencias de la Iglesia.

1. Desde la fe: esposa de Cristo.

– A la vera sposa de Cristo nuestro Señor:

En la Introducción recordábamos que S. Pablo veía en el matrimonio (la entrega mutua en libertad y fidelidad de un hombre y una mujer) la imagen de la relación de Cristo con su Iglesia. Es decir, la Iglesia (la comunidad de los que creemos en Jesús y queremos seguirlo) es ante todo esposa de Cristo. Esa es nuestra seguridad y garantía: sabemos que Jesús se ha comprometido con su Iglesia (de la que formamos parte) con la misma entrega e ilusión con la que un hombre se entrega a su mujer.

Nuestra relación directa y personal con Jesús la tenemos asegurada, pero tenemos que vivida en una comunidad, pasa por un "nosotros", como decíamos en la **Introducción**.

En esta relación con la Iglesia en cuanto esposa de Cristo no encontramos dificultad porque expresa, más bien, la relación de todos y cada uno de nosotros con Jesús, sintiéndonos elegidos y queridos por él. Como dice S. Pablo; "gran misterio es este" (Ef 5, 32), y nos saldrá con mayor profundidad en la R 13.

2. Desde la experiencia: madre nuestra.

Pero S. Ignacio no sólo se fija en que la Iglesia es la esposa de Cristo, sino que añade:

– que es la nuestra Santa Madre Iglesia Hierárquica (Jerárquica).

Esta idea de ver la Iglesia como madre nuestra no sale en la Sagrada Escritura, sin embargo, puede ayudarnos, para comprender dificultades y problemas que siempre tenemos dentro de la Iglesia, en la comunidad.

Por lo pronto la imagen de madre expresa algo evidente: hemos nacido en ella y gracias a ella (la comunidad) hemos crecido y madurado.

Pero esta idea de crecimiento y maduración ha tenido un recorrido como en el caso de nuestra madre real. Recordemos todo lo dicho en la Introducción sobre las distintas etapas en la relación con nuestra madre: identificación, rechazo). En efecto, la historia de nuestra fe ha recorrido también las mismas etapas: lo que recibimos y aceptamos confiadamente de niños pasó por crisis y rechazos, debiendo llegar al final a una fe más madura y personal sin tantas dependencias ni celos.

Pero hay otro aspecto en la imagen de madre que ilumina nuestra experiencia de Iglesia. No elegimos a nuestra madre, sino que nos encontramos con ella. También la Iglesia es la que nos ha tocado vivir, no la que nosotros hubiésemos deseado. Con la madre concreta que cada uno tuvimos debimos construir nuestra madurez: con sus cualidades y defectos, con sus aciertos y equivocaciones. Lo mismo ocurrirá con la Iglesia: Es con la de nuestro tiempo y la de nuestro lugar, con la que tenemos que madurar. En la Introducción aludimos a la Iglesia que a S. Ignacio le tocó vivir y ya la veremos reflejada en estas Reglas. ¿Qué ventajas y problemas nos plantea la Iglesia en la que vivimos?

Por último, hay una dimensión importante y sugerente para nuestro tema en el papel de una madre de familia numerosa: cuando todos los hijos se han independizado y no necesitan ya de sus cuidados (maternales), su presencia va a suponer un factor de unidad (¡el único!) entre los hijos dispersos e independientes. En efecto, este elemento afectivo de unidad en medio de la diversidad no es nada despreciable y en muchos casos el único que mantiene relacionados a los hermanos. El problema está en que no siempre una madre ha sabido jugar este papel. ¿Es consciente "nuestra santa madre Iglesia jerárquica" de ese posible papel de unidad en medio de la diversidad o a veces con preferencias afectivas acentúa distanciamientos?

La alusión a este papel de unión entre los hijos nos lleva a caer en la cuenta que S. Ignacio no dice **mi** madre la Iglesia, sino **nuestra** madre Iglesia. Es decir, la Iglesia en cuanto madre, debe abrirse a un "nosotros" que no quede roto por "privilegiados", sino, en todo caso, preferencias por el más débil y preocupación porque la solidaridad entre hermanos sea real.

Por otro lado, nosotros, en cuanto hijos de una misma madre debemos planteamos cómo nos relacionamos desde el respeto y la igualdad (como hermanos y hermanas).

Por último, caer en la cuenta que el pronombre "nuestra" sólo se refiere a la palabra "madre": esta realidad, que es la Iglesia concreta que formamos, es esposa de Cristo, nunca nuestra, pero si es nuestra madre. Por tanto, nuestra relación con ella y en ella no podrá tener el gozo y la plenitud que sugiere la imagen de esposa, gozo y plenitud que sólo experimentamos con Dios en Cristo (su esposo), mientras la relación con la Iglesia (en cuanto organización, "jerarquía") tendrá toda la experiencia de conflicto y maduración que tuvo con nuestra madre.

- **Santa:** esta "madre nuestra", con todos sus defectos y problemas es santa, no por méritos propios, sino porque Jesús la ha elegido y está llamada a salvar y recuperar en medio de sus fallos.

3. Iglesia jerárquica y madre nuestra.

- **Jerárquica:** en la 2ª parte de la Introducción, al ver qué era la Iglesia, hablamos de que Jesús encargó a Pedro y sus compañeros (los apóstoles) que cuidaran de su Iglesia. Sus sucesores (el papa y los obispos) es lo que S. Ignacio va a llamar jerarquía. Aunque en estas Reglas nunca habla de jerarquía de la Iglesia sino de una Iglesia Jerárquica. Ya dijimos que Dios siempre elige primero al pueblo, una comunidad, y luego busca unos responsables que la sirvan.

Por lo pronto "jerárquica" parece siempre ligado a la imagen de la Iglesia como "madre nuestra", no como "esposa de Cristo" En efecto, aquí aparece claro, como también en EE 170 donde dice "dentro de la Santa Madre Iglesia Jerárquica" En la Regla 13 también sale la palabra jerárquica y las dos imágenes de la Iglesia = esposa y madre, pero como veremos parece que hay que relacionarla con la Iglesia como madre nuestra.

Pues bien, esta Iglesia, que como todo grupo humano necesita unos responsables, también los tiene, pero nunca podemos olvidar que fueron queridos por el propio Jesús, y su función será servir al pueblo de Dios: no es un encargo de la comunidad sino del mismo Dios.

El que S. Ignacio llame jerárquica en cuanto "madre nuestra", no en cuanto "esposa de Cristo", puede darnos luz. La Iglesia tiene una autoridad como la madre la tiene sobre sus hijos. Ya dijimos que autoridad significa "hacer crecer". Pues bien, este es el papel de toda madre, hacer crecer, posibilitar que maduren sus hijos y, como hemos sugerido antes, posibilitar la unión en la libertad y la independencia.

Pero la autoridad de una madre no siempre la ejerce de la misma manera: no es lo mismo con su hijo recién nacido, adolescente o adulto. Los lazos que esas distintas circunstancias del hijo crean con su madre también serán distintos. ¿Puede ocurrir lo mismo al cristiano con la Iglesia?

Por lo pronto hay algo indiscutible en esta autoridad peculiar de una madre y que S. Pablo describe en (1 Tes 2, 7-8): "aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con vosotros, como una madre que cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habéis llegado a sernos muy queridos" Pablo se siente responsable de la comunidad de Tesalónica y así se le ocurre describir su autoridad: como la "ternura" de una madre, no como una "imposición".

Pero en otro texto de la primera carta a los Corintos (1 Cor 3 1,9. 21-23) describe una relación también maternal: *"yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales (maduros), sino como a carnales (egoístas), como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podáis soportar. Ni aún lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales. Porque mientras haya entre vosotros envidias y discordias ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando uno dice: yo soy de Pablo, y otro: yo soy de Apolo, ¿no procedéis al modo humano? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo ?.. ¡Servidores por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según lo que el Señor le dio. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; si bien cada cuál recibirá el salario según su propio trabajo, ya que somos colaboradores de Dios, y vosotros campo de Dios, edificación de Dios... Así que no se gloríe nadie en los hombres, pues todo es vuestro: ya sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro; y vosotros de Cristo y Cristo de Dios".*

La actitud de entrega que S. Pablo tenía con los Tesalonicenses, "como una madre", es más complicada de lo que a simple vista puede parecer. En la cita que acabamos de leer S. Pablo nos dice cómo tuvo que comportarse con los cristianos de Corinto: tuvo que tratarlos "como a niños" ante su incapacidad de "soportar alimentos sólidos".

La responsabilidad en la Iglesia (la jerarquía) no debe ser una estructura que "se impone" a todos por igual, sino que se hace cargo de la situación por la que pasa cada miembro, como una madre con cada uno de sus hijos.

Este "hacerse cargo" ha de ser ante todo responsable, lo cual lleva a que no siempre será agradable, aunque siempre ha de ser acomodado. El papel objetivador de toda estructura que recordábamos en la Introducción también debe asumido la Iglesia en cuanto jerárquica.

Es el papel de una madre que apunta a "hacer crecer", a ayudar a sus hijos a madurar. Pero este proceso de maduración tiene etapas. Como San Pablo constata con los cristianos de Corinto, que están muy lejos de dicha maduración y tuvo que empezar por "dar a beber leche" para posibilitar un crecimiento que soporte el "alimento sólido".

En nuestra experiencia con la Iglesia en su papel objetivador posiblemente hemos vivido las mismas etapas que hemos vivido con nuestra madre (de identificación, de rechazo, de relación madura), o podemos vivirlas.

En efecto, como los de Corinto, hemos podido vivir niveles de identificación y terminar diciendo "yo soy de Pablo", "yo soy de Apolo". El problema está en que "Pablo" o "Apolo" "desteten" a tiempo, como S. Pablo hizo con los corintios, haciéndoles caer en la cuenta que uno puede "plantar" y otro "regar", pero no pasan de ser meros "colaboradores", porque es Dios, el Espíritu el que hace crecer. (El problema de la identificación lo tratará S. Ignacio en la R 12).

La jerarquía de la Iglesia ha recibido un encargo de Jesús: que confirme en la fe a los hermanos. Esta "confirmación" a veces tendrá concreciones dolorosas que nos molestarán, sencillamente porque no coinciden con nuestros intereses "egoístas" (somos carnales diría S. Pablo). Ante estas objetivaciones que nos hacen salir de nuestros caprichos tendremos reacciones adolescentes de rechazo. De estos desahogos inmaduros que se expresarán en críticas estériles, nos avisará S. Ignacio en la R 10.

Pero no siempre una madre acierta en su papel, y a veces el excesivo proteccionismo impide lo que debe pretender, la maduración del hijo. Y porque exista ese peligro, y en más de una ocasión haya caído en él, no por eso tirará la toalla, ni el hijo romperá con ella. Todo está llamado a irse integrando y el ir madurando es una tarea de todos: incluso la madre debe madurar.

También la Iglesia "jerárquica" va tomando conciencia de esta necesidad de maduración (que siempre supone un asumir la realidad y reconocer los propios fallos), cuando pide perdón por las barbaridades que ha cometido a lo largo de la historia. S. Ignacio va a plantear este problema de maduración jerárquica, o dicho de forma más evangélica, de corrección "de las malas costumbres", en la R 10.

Después de todo lo dicho sobre estas dos imágenes de la Iglesia que S. Ignacio nos propone (esposa de Cristo y madre nuestra), difícilmente podremos encontrar algo que las mejore de cara a explicar "el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener".

Si estas Reglas pretenden, según el Título, enseñarnos cómo tenemos que estar en la Iglesia, cómo vivir en ella para que pueda aparecer como signo de unión entre los hijos de Dios y anuncio del Evangelio en el mundo, en esta primera Regla S. Ignacio nos da las claves de todas las que siguen: la disposición, la actitud que debemos tener en una Iglesia (una comunidad) que hemos de experimentar como esposa de Cristo y madre nuestra.

Resumen de la Regla 1ª:

En efecto sólo:

- **depuesto todo juicio:** dejando de lado el propio parecer, que por otro lado debo tener pero del que siempre debo sospechar en cuanto puede aislarme en "mi propio amor, querer e interés" (EE 189) y manifestarse en justificaciones, prejuicios y críticas.
- **debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo:** (una actitud) de escucha, lo cual no quiere decir que todo lo que escuchemos habrá de tenerse en cuenta de la misma manera, y tendremos que actuar con responsabilidad y responsabilizando sin romper la comunión: estamos llamados a entendernos, a formar un solo cuerpo.
- **a la vera esposa de Cristo nuestro Señor:** es nuestra única garantía: el sentir que formamos parte de una Iglesia (comunidad) elegida por Cristo como su esposa verdadera. Nuestra relación con Dios se da en una Iglesia que es el cuerpo de Cristo: ahí tenemos garantizada una experiencia del Espíritu, sin que nadie tenga que intervenir. Como decíamos en la Introducción, "de las cosas que ocurren dentro de uno (en su conciencia), ni la Iglesia (en cuanto jerárquica) puede juzgarlas". En esas experiencias de Dios, del Espíritu, totalmente personales, nos debemos sentir como Iglesia esposa de Cristo, elegida por él.
- **que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica:** Pero esta Iglesia elegida por Cristo como esposa, en la que todos somos iguales (recordar lo que decía S. Agustín a los miembros de su comunidad": con vosotros soy un cristiano (Iglesia)... el nombre de la gracia, de la salvación"), esta Iglesia tiene un encargo, del que se responsabiliza por voluntad del propio Jesús una autoridad (la jerarquía). Pero esta "autoridad" es una de las tareas de esta Iglesia que también experimentamos como madre nuestra (no mía), en la que hemos nacido a la fe

(nuestra comunidad concreta). No debe, pues, sorprendernos las aparentes contradicciones y los conflictos reales que en esta pertenencia "familiar" (relación de todo hijo con su madre) se han de dar y habrá que afrontar e integrar con madurez por parte de todos como miembros del mismo Cuerpo.

Antes de terminar veamos los cambios que las traducciones de esta regla al latín hacen: en el T.B añade a "nuestra santa madre Iglesia jerárquica" las palabras "ortodoxa" (la auténtica) y "católica" (universal), y en el TC "que es la de Roma", aludiendo, sin duda, al papa, cuya autoridad rechazaban los protestantes.